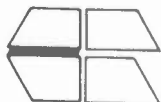


# PERSPECTIVAS



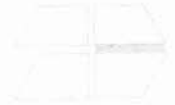
# LA HUELGA BANANERA DE 1934. ANÉCDOTAS Y ENSEÑANZAS DE UNO DE SUS PRINCIPALES DIRIGENTES

Licenciado Jaime Cerdas Mora



Este artículo se ha elaborado con base en la narración que hiciera don Jaime Cerdas Mora en la Organización Estudiantil FAENA hacia el año 1976. Su adaptación a la forma escrita ha sido hecha por su autor y por Hernán Alvarado Ugarte bajo la supervisión del mismo.

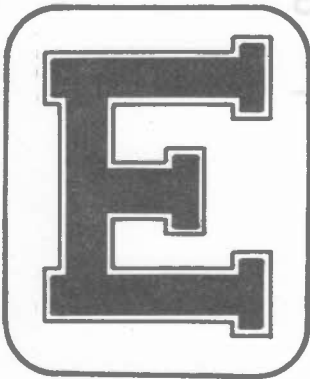
El licenciado Cerdas Mora fue, junto con Carlos Luis Fallas, dirigente del movimiento huelguístico de 1934 en la zona bananera de Costa Rica. Era entonces dirigente del partido Comunista.



LA HUELGA  
BANANERA DE 1934  
ANÉCDOTAS Y  
ENSEÑANZAS DEL MOVIMIENTO  
PRINCIPALES DIRIGENTES

## 1. Antecedentes de la Huelga Bananera de 1934

---



El partido Comunista se había fundado en 1931. Después de una serie de luchas, se logró llevar una representación al Congreso de la República (entonces no se llamaba Asamblea). Fueron electos el licenciado Manuel Mora y un zapatero que responde al nombre de Fran Jiménez Guerra. Por ese tiempo se presentó una situación especial: la deportación que le dictaminaron a Fallas las autoridades judiciales de Alajuela. Por un movimiento huelguístico que había organizado en Alajuela, lo confinaron a Limón (pena utilizada en la época).

Fallas había trabajado en la Bananera, y conocía muy bien los antecedentes de la compañía. En una ocasión que vino a San José (él venía a menudo en forma clandestina), nos informó de la situación que prevalecía en la zona. Para entonces la compañía, presumiblemente para ganarse aliados, explotaba unas pocas fincas directamente y dejaba la mayoría en manos de grandes personajes como Arturo Volio, Villafranca, Esna Miguel y varias gentes de esas. Estos dueños de fincas nacionales tenían a sus peones en condiciones muy difíciles, éstos eran objeto de una aguda explotación; no sólo les pagaban mal, sino que los tenían en viviendas antihigiénicas e inmundas, unos ranchos pajizos en que vivían de 40 a 60 personas solteras carecían de servicio sanitario. No había Unidades Sanitarias o personal médico de ninguna naturaleza. El único centro de atención estaba en Siquirres y, en el Hospital de Limón. Las fincas bananeras se extendían desde Guápiles hasta fin-

ca Costa Rica, del lado del Sixaola. Desde esos lugares tan remotos se obligaba a la gente a ir a Limón. Los de Guápiles iban a Siquirres porque les quedaba más cerca; allí había una especie de dispensario que no estaba atendido por un médico, sino por un negrito que era enfermero. La enfermedad más corriente era la malaria y lo único que daban era quinina; no había más medicamentos.

Como si esto no fuera de por sí grave, la compañía bananera tenía sus propios comisariatos que distribuían una serie de artículos de primera necesidad (importados sin impuestos) que vendían a los finqueros al costo, para que surtieran sus comisariatos particulares. Estos vendían a su vez todo más caro a los trabajadores, con lo que podían reponerse de posibles pérdidas. Por su lado, estos dueños de fincas no pagaban a los peones en efectivo, sino que les pagaban con cupones y chapas, de tal manera que al recibir el salario no podían comprar sino en el comisariato de las fincas respectivas y al precio que les vendieran; de ahí que el trabajador tenía una doble explotación: la explotación del salario y la mala vivienda, y la explotación en el comisariato, lo que hacía la situación aún más difícil.

El encarecimiento de los artículos en los comisariatos era indirectamente promovido por la compañía bananera; en efecto, ésta no recibía el banano de acuerdo con la producción, sino con las necesidades del mercado. Si, por ejemplo, lo que necesitaban eran tantos miles de racimos, les decían a los recibidores: prorateen y reciban solamente tal cantidad. A la finca que le tenían más mala voluntad le rechazaban más banano. Así, pues, aunque el banano estuviera bueno, el recibidor lo rechazaba, y como esto causaba pérdidas a los dueños de fincas, éstos se reponían siempre reventando el hilo por lo más delgado, es decir, vendiendo cada vez más caro en los comisariatos.

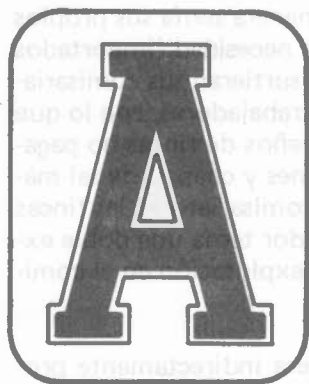
Ya enterados nosotros de todo esto, el partido Comunista confeccionó un pliego de peticiones y se comenzó a organizar a los trabajadores; se organizaron los llamados comités de huelga en cada finca y se presentó el pliego de peticiones <sup>1</sup> al gerente de la compañía que era míster Chittenden. Este señor ni siquiera se dignó recibirlo. Estando todos los comités listos, hubo una sesión —creo que fue el 7 de agosto— en la que se planteó el asunto y se dispuso ir a la huelga. Se repartió el material que lo notificaba y se acordó que la huelga la dirigiera Carlos Luis Fallas y que yo fuera con él a fin de no dejarle toda la responsabilidad. Salimos entonces hacia 26 Millas.

Fallas y yo fuimos en tren hasta Madre de Dios y de ahí nos fuimos a pie hasta 26, de 26 había que entrar 2 millas más hacia el norte, a finca "Los Angeles", propiedad de don Salomón Esna Miguel. En ese lugar establecimos el cuartel general de la huelga. Cuando nosotros llegamos, ya estaban las delegaciones de todas las fincas;

cada finca tenía cuatro representantes que se habían venido por entre los banales; entonces se hizo la juramentación <sup>2</sup>, esto fue el 9 de agosto, al amanecer del día siguiente se lograba la paralización total de la zona.

## 2. En el transcurso de la huelga

---



hora quiero insistir en lo siguiente: las condiciones en que vivía la gente, que también me tocó vivir a mí, eran verdaderamente lamentables. No había servicio de agua potable; la forma de bañarse era sacando agua de los "kriquets" (canales que se hacen para los riegos del banano) y las deposiciones se hacían en el bananal <sup>3</sup>.

Llegué a la conclusión de que, en la práctica, la gente que trabaja era sólo la mitad, pues toda la gente padecía de paludismo alterno, o sea que un día está uno enfermo y el otro está bueno. Entonces, la mitad de la gente que amanecía bien iba a trabajar y la otra mitad, que amanecía con el ataque de paludismo, ese día no iba al trabajo. Es decir, encima de que a la gente le pagaban tan mal (ganaban sólo cuatro pesos diarios) lo que realmente recibían era la mitad, pues el día que pasaban enfermos no se les pagaba. En suma, vivían con la mitad de un pésimo salario, con el agua hasta la cintura, y obligados a comprar en los comisariatos de las fincas a los precios más altos del país.

En esas condiciones de vida, resultaba inexplicable que la gente hubiera soportado tanto tiempo sin haberse rebelado. Cosa que, por lo menos a mí, me parecía absurda; por esta situación se entiende que durante todo el tiempo de la huelga la gente se portó con una valentía digna de mención. La organización fue monolítica, a pesar de que para aquel entonces no había ni noción de lucha sindical en la zona. La lucha se llevó a cabo con tal unanimidad, que al gobierno lo único que le quedaba era mandar la fuerza pública para detener a la gente en la huelga. El alcalde se dedicó a dictar autos de detención a cuanta persona pasara por los caminos; fue entonces cuando utilizamos la inmunidad legislativa de Manuel Mora, quien se ubicó en Siquirres para estar presentando recursos de habeas corpus y sacando a los presos. La gente lo que hacía era moverse por entre los banales, para no utilizar la calle; la ventaja de los banales era que las autoridades le tenían miedo a las serpientes y entonces casi no entraban. Después les voy a contar una serie de anécdotas sobre esto.

Otra forma en que trataron de quebrar la huelga fue poniendo a la fuerza pública a cortar banano; pero resulta que de inmediato nos avisaban a nosotros en 26 Mi-

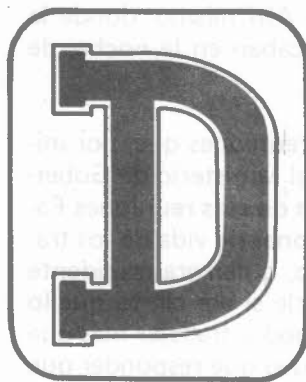
llas, entonces dábamos la orden de voltear 10 hectáreas de banano en la noche y la gente se ponía a hacerlo. Pero, además, por su propia iniciativa, picaban todo el banano que esperaba en el carro para ser llevado al día siguiente. Ahí mismo, donde la compañía tenía enzunchado el banano, los trabajadores lo picaban en la noche, de tal suerte que a Limón no llegaba ni un solo banano bueno.

Mientras tanto, a raíz de la presión, comenzaron varias reuniones que, por iniciativa del presidente don Ricardo Jiménez, se celebraron en el Ministerio de Gobernación, (que era Ministerio de Gobernación y Trabajo). En una de esas reuniones Fallas nos contó que en una oportunidad él describió las condiciones de vida de los trabajadores estando presente el bananero nacional Arturo Volio, quien era presidente del Congreso. Entonces, don Ricardo se volvió para preguntarle si era cierto que lo que pagaban eran cuatro colones y si la mitad de la gente no podía trabajar más que media semana por la cuestión del paludismo; a lo que Volio tuvo que responder que todo era cierto. Don Ricardo entonces le dijo: "En tal caso, los responsables de la huelga no son los trabajadores, sino los Bananeros".

En el interior resultó otra cosa muy interesante. Estando Fallas allá y yo solo en 26 Millas, llegó don Santos León Herrera, que era entonces el ministro de Gobernación y Trabajo. Recuerdo que llegó con el señor Zayas Bazán, quien era encargado de la sección de trabajo. Este señor quería que la reunión se hiciera en la casa de la finca que estaba afuera <sup>4</sup>. Da la casualidad que cuando don Santos llegó, estaba saliendo el krikets en el ranchón, entonces yo aproveché esta situación para decirle: "yo me reúno pero les ruego que sea en el ranchón, para que ustedes vean donde vive la gente"; entonces hice entrar a don Santos para que se metiera hasta que se mojara los pantalones. Recuerdo que cuando llegaron, la esposa del mandador de la finca, una señora de Sambrano, tenía una chiquita enferma con paludismo y casi le llegaba el agua a la altura de la cama. Don Santos se metió la mano a la bolsa, sacó un billete mojado y le dijo: "Mire señora, esto es lo único que le puedo dar". Y la señora le contestó: "Le agradezco mucho, señor Ministro; pero qué puedo hacer yo con este billete, si no puedo salir de aquí; porque si salgo me detienen". Expuso muy bien la situación, pues recuerdo que en la tarde nos sentamos en un zacatal, don Santos, otros trabajadores y yo. Fue cuando me dijo don Santos: "Hombre, don Jaime, ¿quiere que le diga una cosa? Yo he aprendido una cuestión en la que nunca había meditado, y es que hasta ahora yo creí que todo lo que era legal era justo, y ahora estoy viendo que hay cosas que son legales y que son injustas". ¡Efectivamente! Ese señor se hizo después de todo aquello, muy buen amigo mío.

### 3. Algunas enseñanzas importantes de la huelga

---



Durante la huelga hubo enseñanzas muy importantes. Una de ellas, que merece destacarse, es que en los movimientos de huelga o en los movimientos colectivos es un error muy grave dejar toda la responsabilidad a una sola persona. En todo movimiento es de una gran trascendencia que la dirección sea colectiva. Voy a ponerles un ejemplo: en un momento dado, estando Fallas y yo al mando, llegaron unas noticias muy graves; se decía que venía la autoridad. Fallas había hecho una gira muy larga y estaba muy molesto con unos informes que le habían dado (que, por cierto, eran falsos) y sin detenerse para tomar una decisión más serena, dio la orden de que volaran un puente para que no pudieran llegar las autoridades; yo discutí con él y le dije que no, pero su respuesta fue: "¡Carajo, entonces hacé como te dé la gana!" y se fue (era muy mal hablado). Cambié la orden escrita mientras él se iba al ranchón; yo me quedé en una hamaca afuera, pues a mí me tocaba el ataque de paludismo al día siguiente y ya lo estaba padeciendo. En la noche me dijo: "¡Diay, carajo, ¿no te vas a acostar? que yo te tengo que friccionar!" Yo me acosté y, allá en la madrugada, veía que él no podía dormir, pero no le dije nada de lo que había hecho. Al día siguiente, en la mañana, me dijo: "¡A la gran puta!, alguien se fue a volar el puente?" Entonces le dije: "No, mirá, no volaron el puente, aquí está la copia de la orden". Nos abrazamos al tiempo que me decía: "Se paró la torta. . . ¿Qué haría yo si no estuvieras vos?"

Pero después le pasó otra cosa: había un hombre (todavía vive), llamado Lino Bustos. Era un gran admirador de Fallas; pero en un momento no sé qué fue lo que le discutió y entonces Fallas le dijo: "Hijueputa", Lino se puso tan furioso que tomó el cuchillo y lanzaba improperios aquí y allá. Fallas se fue para Dos Bocas y el hombre quedó desesperado. Estaba muy resentido con Fallas. Mientras tanto, recibí noticias de que en la finca la Fortuna había el peligro de que la compañía hiciera un aut sabotaje para culparnos a nosotros que cuidábamos todas las cosas de la compañía para que no pasara nada. Nos habíamos organizado para ello en cuadrillas; aprovechando la oportunidad, llamé a Lino Bustos y le dije: "Mirá, Lino, figurate que me llega esta noticia, vete vos para la Fortuna y te haces cargo de esa cosa; me parás lo del comisariato y me cuidás la planta; así es que te vas de responsable".

A los tres días volvió Fallas y me dijo:

—¿Dondé está Lino?

—Lo mandé para la Fortuna.

— ¡Mirá, carajo —dijo Fallas muy preocupado— lo hiciste bien; si este hombre viene y me agarra en ese momento y me afea la cabeza, bien merecido lo tengo, porque yo sé —dijo, mientras me invitaba a comprobarlo— que este hombre guarda aquí, en su propia cama, sangre de la última hemorragia que sufrió su madre. Fíjate, y yo mentarle la madre!

Por cierto que después, cuando ya se arregló la cosa de la huelga, (que se arregló muy bien), yo me vine con Fallas en el tren para cuidar su encuentro con Lino. Cuando paramos, me bajé yo primero del tren y le dije: “Lino, hombre, vieras cómo viene Fallas; es más, no quería venir porque está muy apenado con vos”. Entonces Fallas se bajó, le pidió perdón y se abrazaron. Pero, si yo no hubiera intervenido alejándolos primero y reconciliándolos después, quizá la cosa no hubiera salido tan bien. Porque todas estas cosas suelen ocurrir. No hay que dejar la dirección en manos de un solo hombre. ¿Ven ahora lo importante que puede ser la dirección colectiva?

Recuerdo otra experiencia más. Estando yo en Vanguardia, hubo un problema por el que sancionaron a un muchacho de apellido Marchena, (actualmente todavía lo tienen dirigiendo) y lo expulsaron del Partido. Cuando lo expulsaron, el único voto en contra fue el mío; yo les dije que nosotros teníamos la culpa, porque desde un principio yo había advertido que no debían dejar a Marchena solo con la dirección de la huelga. En esa situación un hombre ya no duerme, tiene todo el peso de la responsabilidad y llega a estar agotado, por lo que echarle la culpa es permitir que el hilo reviente por lo más delgado. Ustedes votan a favor si quieren, —dije en aquella oportunidad—; pero yo voto en contra, porque nosotros debíamos haber previsto que el gobierno impediría que llegaran otros dirigentes, así que castigar a Marchena es una forma de ocultar la responsabilidad colectiva que tenemos todos; más aún nosotros que teníamos la obligación de saber lo que podía suceder. Entonces se reconsideró la situación.

Finalmente la huelga tuvo un saldo muy positivo. Incluso nos dieron un tren en el que hicimos un recorrido como muestra de la conclusión del paro. Se comprometieron a subir los salarios, a poner viviendas; a conseguir con la compañía (porque la compañía no participó en las negociaciones), dispensarios en lugares estratégicos; a abolir las chapas y cupones, y a un aumento del 75 por ciento —según recuerdo— en los salarios.

Hasta ahí todo estuvo bien. Sin embargo, al regresar a Limón, nos enteramos de que en algunas fincas, entre ellas una finca llamada la Perla, que era de la compañía, no se estaba cumpliendo el pacto; estaban despidiendo gente y además estaban re- gando la bola de que a Fallas le habían dado \$ 50.000 y que se había ido para los Es-



tados Unidos. Entonces fue cuando volvimos al tren, y resolvimos bajarnos otra vez en 26 Millas y hacer lo que yo llamo la segunda parte de la huelga.

#### 4. La segunda parte de la huelga

---



n este segundo momento de la lucha, cometimos, según considero yo, un gran error. Veamos el por qué. Aunque la prensa había hecho una campaña reaccionaria contra la huelga, nosotros teníamos un movimiento sindical muy importante que nos apoyaba tanto en San José, como en Alajuela y Turrialba. Especialmente en Limón se había creado un movimiento de solidaridad muy fuerte. En Turrialba, por ejemplo, logramos hacer una huelga en apoyo de la huelga bananera. Si nosotros hubiéramos tomado esto es cuenta, como teníamos la obligación de hacerlo, quizá no hubiera ocurrido lo que hubo que lamentar a última hora; porque ahora estoy seguro; si nosotros hubiéramos de-

nunciado al gobierno lo que estaba ocurriendo (al propio Ministro de Trabajo) e iniciado un movimiento de apoyo con el movimiento sindical que se tenía, es muy posible que habríamos metido en cintura a quienes estaban irrespetando los acuerdos. En vez de eso, decidimos iniciar esa segunda parte de la huelga que tuvo caracteres completamente distintos, a la anterior como ya veremos.

La posición de apoyo casi incondicional del Gobierno, cambió por persecución y la fuerza pública comenzó una intensa búsqueda de los dirigentes. Por cierto, en una oportunidad que llegó el general Monge a preguntar por nosotros, pasó una cosa muy curiosa. Nosotros teníamos un vigilante a la entrada de la estación de 26 Millas y teníamos dos correos que no avisaban. Efectivamente, cuando Monge llegó, nos avisaron rápidamente, entonces Fallas y yo nos escondimos en el bananal, pero lo bastante cerca de la casa como para oír lo que el general Monge decía:

—¿Dónde están Fallas y Cerdas?

—Andan en Dos Bocas —contestó la señora Sambrano—.

—Yo creo, más bien, que andan por ahí —dijo Monge mientras señalaba el bananal—.

—Entonces, métase y búsquelos usted mismo.

—¿Es verdad que hay muchas serpientes?

—¿Qué si hay?

Entonces, dio la orden de que se metiera alguno; pero luego la cambió diciendo creerle a la señora Sambrano. Si hubiera entrado al bananal, de seguro que nos agarrara, pero ya ven ustedes la clase de generales que tenía el país.

Pero la persecución continuó. En otra oportunidad llegó el general Gallegos con fuerzas, y ése sí que no nos dio tiempo de nada; procedió a quemar los ranchos, mientras nosotros huíamos hacia la montaña apresuradamente, pues supimos de su llegada apenas con unos minutos de anticipación. Dividimos la gente en dos grupos; Fallas cogió con uno hacia el sur y yo con otro hacia el norte. Pero ese día era el día de mi paludismo, llegó un momento en que ya no podía caminar, entonces llamé a un nicaragüense que andaba con nosotros y le dije: “Váyase usted con la gente, yo me voy a poner cómodo aquí, a sudar la calentura”. Y me quedé ahí escondido. Cuando ya estaba hasta con el frío, pasaron unos hombres de la fuerza pública; iban varios disparando de un lado y de otro, posiblemente para quitarse las serpientes. Una de esas balas me pegó en la pierna.

Sufrí, sin embargo, toda la fiebre ahí donde estaba, y no fue sino como hasta las tres de la tarde que oí unos gritos: “Fallas! Cerdas!”. Entonces yo los llamé y nos fuimos a la finca Sara que quedaba a la par de 25 Millas (al oeste). Les dije que estaba herido, pero todavía no sentía el balazo, yo lo que había sentido era como una inyección de agua caliente, no me había dado cuenta que me había cortado el hueso, hasta que al apoyar el pie (que no ponía abajo) en el que había recibido el balazo, pegué en un palo redondo y se me desmontó el hueso; entonces sí sentí el dolor. Me hicieron una camilla de bijagua en la que me llevaron a una finca que se llama 24 Millas y me andaban de un lado para otro, al rato me pusieron a dormir bajo un árbol; total se vino un aguacero y pasé mil cosas desagradables, de ahí me quedé esta renquera que ve usted.

Pues bien, perseguían a Fallas y a mí porque éramos los dirigentes de la huelga, es decir, éramos los responsables y ellos pensaban que, descabezado el movimiento, se acabaría. Pero no era sólo contra nosotros la persecución, era contra toda la gente y la persecución se volvió una cosa peligrosísima; esto, como todo, tiene anécdotas.

Una vez que necesitábamos enviar un mensaje urgente a don Tobías Vaglio que estaba en Siquirres, una señora muy valiente se ofreció a ir. Se puso unos trapos que la hacían parecer embarazada y dijo: “A caminar”. La misma policía le ayudó a llegar hasta Siquirres.

Y es que viera usted que mujeres más valientes las compañeras de aquellos hom-

bres bananeros. Ellas se enfrentaban con la policía, le discutían y hasta trataban de convencerlos de la justedad del movimiento. Recuerdo que una de ellas nos contó que le decía a un hombre: "Y si usted no fuera policía: no sería un peón como ellos?". Había una gran solidaridad con nosotros. Los negros de la zona, por ejemplo, a pesar de que vivían como con cierto complejo y no se metieron en la huelga, mostraron un espíritu solidario digno de mencionar. Todo negro tenía lo que ellos mismos llamaban "el finco", que era un pedacito de tierra sembrado con ñame, plátano, etc. Pues bien, ellos se deslizaban por la noche llevándonos cosas de sus sembradíos, contribuyendo así con la alimentación de los huelguistas. Ahí mismo se hacía la distribución de todo cuanto nos iba llegando, pues, como les digo, había una gran solidaridad.

Esta segunda parte de la huelga, tuvo graves consecuencias. Pero lo más grave no fue lo que nos pasó a nosotros, sino los sufrimientos que tuvo que soportar mucha otra gente. El gobierno expulsó a todos los nicaragüenses y hondureños sin permitirles siquiera despedirse de algún familiar o amigo. Al que agarraban, de una vez lo ponían en una lancha hacia Nicaragua. Imagínense ustedes; por cierto, siempre que cuento esto me acuerdo del Gato Cárdenas que era un tipo muy valiente, precisamente el jefe de la vigilancia en 26 Millas. Cárdenas había desertado de la Guardia Nacional seguramente porque no estaba con la tiranía. Añoraba mucho a Nicaragua y en las tardes se ponía a cantar una canción que decía algo así:

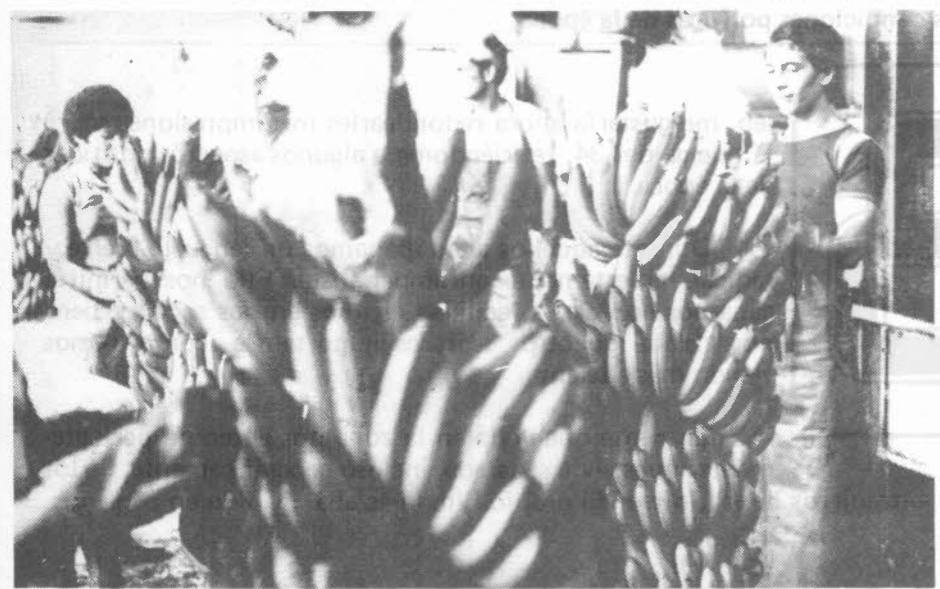
"Tenía ya quince años y se usaba la leva,  
me hicieron soldado con gente del pueblo.

Seguí la carrera y no me gustó,  
seguí la carrera y me deserté.

Adiós mi padre y madre, adiós mis hermanitos  
que hasta aquí llegaron todos mis delitos".

El me contó que en una oportunidad el superior le dio la orden de dar un tiro y que desde que él metió ese tiro injustamente, no podía dormir. Entonces optó por desertar y se vino para Costa Rica. Yo siempre lo recuerdo, y pienso en qué habrá pasado con el Gato Cárdenas; si lo martirizaron o qué fue de su vida. De todo esto vine yo a enterarme ya en el Hospital pero, con el Gato, mucha otra gente sufrió las consecuencias de la segunda parte de la huelga. A uno después le queda el remordimiento de que todo aquello era en cierta medida responsabilidad nuestra. Sin embargo, hay que tomar en cuenta, como les decía, que nosotros éramos inexpertos. La huelga del 34 no sólo fue nuestra primera experiencia, sino que lo fue también, según creo, para la compañía bananera en América Latina <sup>5</sup>.

Ahora bien, dada esa persecución queda la impresión de que la huelga fracasó, pero no fue así; indudablemente debido a la movilización que habíamos logrado, el



gobierno metió mano en el asunto. Se dictó una ley que se llamó de chapas y cupones, prohibiendo la cuestión esta del pago. Se obligó a la compañía a hacer dispensarios en determinados lugares y a mejorar lo de las viviendas. De manera que esa huelga, a pesar de los errores que nosotros cometimos, fue una gran experiencia y los trabajadores obtuvieron una gran mejoría.

Sin embargo, lo más importante es que nos mostró con toda claridad lo que puede hacer un grupo de hombres cuando hay organización y hay unidad monolítica entre las organizaciones populares. La fuerza del movimiento popular es enorme, tanto, que se logró derrotar a aquel gigante que era la United. Por eso yo he llegado a la conclusión de que nosotros no deberíamos olvidar que la libertad de los pueblos y las mejoras de sus condiciones de vida no pueden depender nunca de la voluntad de un hombre o de un grupo de hombres, sino de la propia organización, es decir, es el pueblo organizado el único capaz de liberarse y de obtener sus propias conquistas. Si uno compara todo lo que se hizo contra la huelga y todo lo que se pudo ganar a pesar de ello, hasta el extremo de obligar al gobierno a poner un tren, al que le pusimos banderas rojas del Partido Comunista, en el que recorrimos la zona; se da cuenta de que esto se debió no a Fallas ni a Cerdas, sino a la fuerza de la organización de los trabajadores.

El único error, repito, fue el habernos quedado en Limón una vez terminada la primera parte de la huelga; nosotros debimos venirnos a San José para continuar la lucha y la negociación aquí, en vez de exponernos allá a la persecución de que fuimos objeto; ien fin, la falta de experiencia!

## 5. Algunas condiciones políticas de la época

---



ien, me gustaría ahora redondearles mis impresiones sobre la huelga del 34, refiriéndome a algunos aspectos políticos de la época.

Durante aquellos años usábamos un lenguaje fuerte y radical, abiertamente antiimperialista. Ello nos permitía ganarnos con cierta facilidad algunos grupos sociales, pero nos aislaba de otros sectores importantes, como iremos viendo más adelante.

La gente que vivía en la zona nos entendía perfectamente, pues vivía separada, incluso geográficamente, de los funcionarios extranjeros de la United. El propio Limón estaba dividido en zona gris,

donde vivían los peones; zona amarilla, donde habitaban los jefes (aunque fueran nacionales) y zona blanca, a la que sólo entraban los grandes señorones, especialmente gringos. La gente de la zona entendía entonces con toda claridad cuando nosotros decíamos “antiimperialismo”.

Pero otra cosa sucedía en el interior del país, donde la gente no veía por ningún lado la figura completa de lo que nosotros llamábamos imperialismo. Por ejemplo, los peones de las fincas cafetaleras sólo tenían al frente su patrón nacional con el que incluso mantenían relaciones paternalistas. Ahora veamos todo esto con un poco más de detalle.

La idea de las distintas zonas era sencilla: divide y reinarás. Ante todo, la zona amarilla pretendía que los jefes se sintieran estimulados a la vez que los separaban del resto de los trabajadores, y no permitían que se “revolvieran”. Esto era evidentemente toda una política de control, y se los digo porque yo mismo viví este aspecto cuando estábamos organizando el sindicato en la zona del Pacífico. Recuerdo que una vez que llegamos a un acuerdo con míster Moore y su abogado, aquél me invitó al club americano a tomarnos un trago. Yo acepté la invitación pero diciendo que debíamos ir todos y así hice que los trabajadores también entraran al club.

— ¡Hombre, primera vez que permiten esto! —dijo alguien—.

— ¡Y última —agregué yo— porque lo que es a mí no me vuelven a invitar, y a ustedes tampoco!

Por lo menos yo, en efecto, nunca más volví al club americano.

Otro caso interesante es el siguiente: Sucedió que una vez elegimos a un mecánico como secretario general del Sindicato de Mecánicos. A los ocho días lo nombraron jefe y lo pasaron a la zona amarilla.

—Y ahora, ¿qué hago? —me dijo a mí—.

—Muy bien —le contesté—. Ahora usted lo que va a hacer es convocar a reuniones en su nueva casa de la zona amarilla.

¿Qué pasó después? Bueno, que a los ocho días ya no era jefe y lo habían devuelto abajo. Todo esto se los cuento para que vean cómo se vivía aquí el asunto del imperialismo. Si en Panamá uno hablaba de imperialismo, la gente entendía porque tenían encima el problema del canal; pero, ¿en Costa Rica? Aquí había que crear una conciencia antiimperialista, y lo único visible era la bananera y las compañías eléctricas (La Bond and Share).

Hay que tomar en cuenta también otra cosa; todo partido es en su nacimiento un partido sectario; al principio la cosa es muy radical, suelen hacerse divisiones muy rígidas y se cometen muchos errores. Cuando nosotros fundamos el partido Comunista, por ejemplo, en el año 31, poníamos en la puerta personas que no dejaran entrar a nadie que anduviera con corbata. Los únicos que entrábamos éramos Manuel Mora, Coto Conde, Luis Carballo y yo, porque éramos estudiantes. Recuerdo que una vez vi que estaban echando a un hombre que era sastre, sólo porque andaba con corbata; me metí y les dije que estábamos llevando la cosa al extremo.

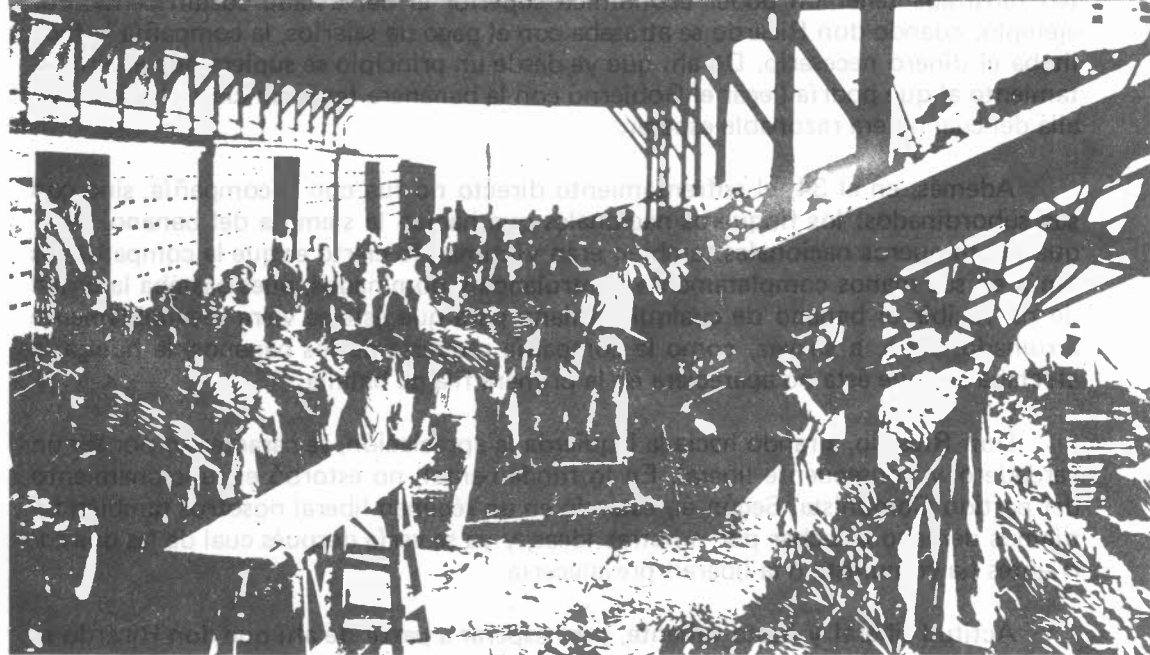
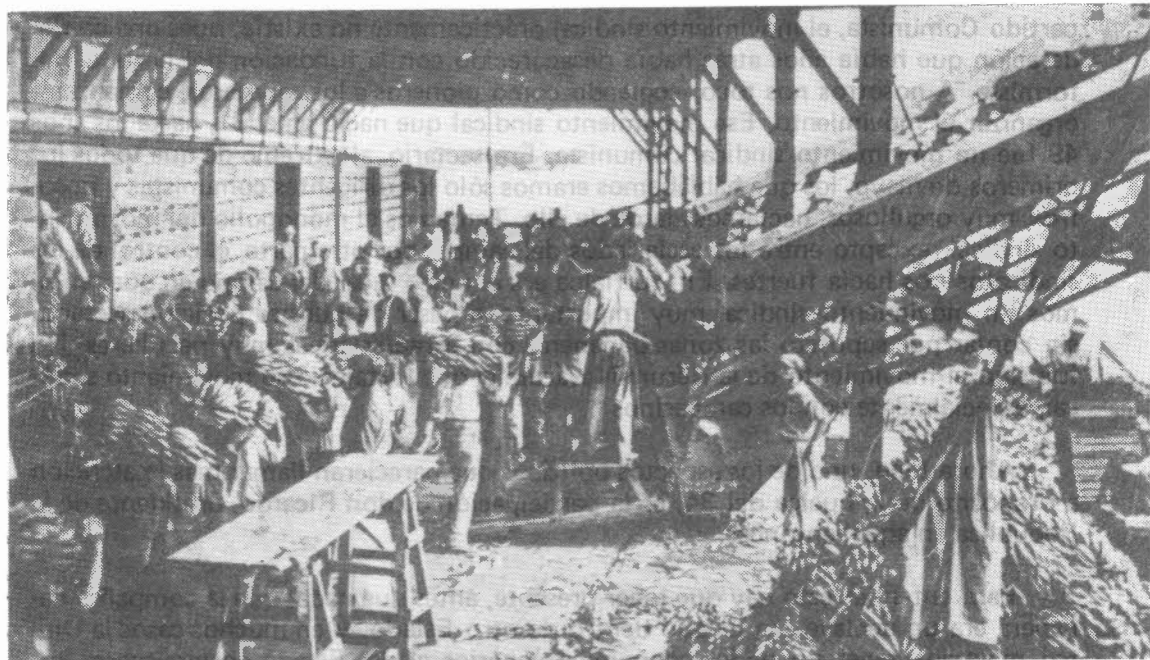
Así es; cuando un movimiento de estos nace, pasan cosas muy curiosas; una de ellas es que creíamos que la revolución y el triunfo estaban a la vuelta de la esquina. Recuerdo que cuando leíamos el **Manifiesto Comunista**, uno lo veía tan claro, que creía que era cosa de explicarle a la gente y ya, ¡qué va! si se estaban tocando una serie de intereses. La cuestión no era tan sencilla. Sin embargo, eran aquellos los primeros años de la lucha y todo parecía al alcance de la mano; por ejemplo, cosa que posiblemente nunca aparecerá en la historia del partido Comunista, una vez quisimos secuestrar a don Cleto González. La idea era encerrarlo en el Teatro Nacional y hacerlo firmar decretos y un montón de tonterías. ¡Imagínense ustedes! Por supuesto, el asunto no pasó a más, de puro absurdo que era. . .

Ahora bien, todo aquel radicalismo servía, como ya dije, para el trabajo en la zona, pero no para el interior del país. El trabajador de la bananera, por ejemplo, no tiene ningún contacto con el patrono propiamente dicho. El patrono es su jefe inmediato, entonces no hay ninguna confianza; en cambio el patrón de los peones cafetaleros, en aquel tiempo, era una cosa completamente distinta: el patrono era padrino de sus hijos y la esposa del patrono la madrina; como tales, les hacían regalos a los hijos de los peones en el día de Navidad. Además, al peón le tenían casa, podía coger leña, plátanos y sembraba en su pedacito. Eran relaciones más bien paternalistas. Para que se den una idea de lo que esto significa, les voy a contar lo siguiente:

Cuando en el 43 logramos que se dictara la ley de los días feriados para los trabajadores, los de Róhrmoser no querían recibirlos porque decían que ellos estaban muy agradecidos con el patrono y que cómo iban a coger un día si no lo habían trabajado. Aunque usted no lo crea, así era la cosa, . . . Por ello, nosotros no lográbamos pegar entre este tipo de peón y entre los campesinos; para ellos, ser comunista era una forma del "pisuicas" (diablo); de ahí que los trabajadores del campo se pudieron organizar sólo cuando llegamos al pacto con monseñor Sanabria, que entonces dio nacimiento a la Rerum Novarum, pero esto es harina de otro costal, que otro día podemos tratar.

Por ahora, quisiera que tuvieran en cuenta lo siguiente: Cuando fundamos el







partido Comunista, el movimiento sindical prácticamente no existía, pues una confederación que había años atrás había desaparecido con la fundación del partido Reformista. A nosotros nos tocó, cogiendo como pioneros a los zapateros, comenzar a organizar el movimiento. Ese movimiento sindical que nació en el 31, hasta los años 49 fue un movimiento sindical comunista. Era sectario, al extremo de que todos los primeros de mayo, los que hablábamos eramos sólo los dirigentes comunistas y nosotros, muy orgullosos, hacíamos alarde de ello. Teníamos el monopolio del movimiento sindical, excepto entre los asalariados del campo; por otra parte, el control de los sindicatos nos hacía fuertes. En Turrialba era el único lugar del campo en que teníamos un movimiento sindical muy importante, a pesar de nuestra posición sectaria, sin contar por supuesto las zonas bananeras con características muy peculiares. No fue sino el movimiento de la Rerum Novarum el que fortaleció su movimiento sindical, especialmente con los campesinos<sup>6</sup>.

Ahora bien, uno de los aspectos políticos que parecieran llamar más la atención a propósito de la huelga del 34, es la participación de don Ricardo, presidente de la República en aquel entonces.

Para entender esto hay que tener presente, antes que nada, que la compañía bananera era un enclave, un Estado dentro de otro Estado, y en muchos casos la United mostraba tener un poder económico superior al del Estado costarricense. Por ejemplo, cuando don Ricardo se atrasaba con el pago de salarios, la compañía le facilitaba el dinero necesario. De ahí que ya desde un principio se supiera que el enfrentamiento al que podría llegar el Gobierno con la bananera tenía un cierto límite, más allá del cual no era razonable esperar.

Además, en el 34, el enfrentamiento directo no fue con la compañía, sino con sus subordinados: los finqueros nacionales que hacían la siembra del banano. Aunque los finqueros nacionales también eran víctimas, lo cierto es que la compañía los tenía en sus manos completamente controlados y dominados, pues bastaba la orden de no recibir el banano de cualquier fulano para que éste se viera inevitablemente arruinado. Pero, a su vez, como la compañía requería de los bananos, la huelga la afectaba aunque ésta no apareciera en la primera fila de batalla.

Don Ricardo, tirando hacia la izquierda la apreciación, se caracterizó por ser un verdadero y consecuente liberal. En lo fundamental, no estorbó el funcionamiento del partido Comunista. Según él, estando en un régimen liberal nosotros también teníamos derecho a luchar por nuestras ideas, y ya se vería después cual de las dos corrientes (la comunista o la liberal) prevalecería.

Actitud liberal y hasta valiente, pero esperar a partir de ahí que don Ricardo se

enfrentara a la compañía, era ciertamente esperar demasiado. Don Ricardo era vacilante; ora se mostraba progresista, ora ya no lo era. Por ejemplo, don Ricardo expulsó del país a Braña porque éste había estado al frente de una lucha contra un contrato de cordón y caño de Chico Piedra y había puesto en jaque a la Municipalidad. Aprovechando un desfile de desocupados que habíamos organizado un 22 de mayo y en que había muerto un policía frente a la escuela Porfirio Brenes, agarraron a Braña y lo pusieron fuera del país.

No se podía, entonces, esperar demasiado del Gobierno, pues, además, un gobernante no hace lo que él quiere. Un gobernante se encuentra entre varios fuegos, varias fuerzas lo presionan por aquí y por allá. Por eso uno tiene que ver con cuidado qué sectores apoyan a un gobernante. Si el apoyo no le viene del pueblo, entonces le viene de los ricos, cuyos intereses está en la obligación de defender, quiéralo o no. O los defiende o se cae, son cosas naturales.

En el caso de León Cortés, esto estaba claro. Don León no era vacilante, sino que era claramente reaccionario. Con decirles que permitió la llegada al país de una fragata nazi. Realmente no fue la persona que a veces pintan; era muy, pero muy reaccionario.

Así pues, nosotros conseguimos las conquistas sociales del 40 porque el Doctor (Calderón Guardia) se estaba cayendo, al perder el apoyo de los cafetaleros. Nosotros logramos las garantías sociales, primero como precepto constitucional, pero aún así, eran letra muerta sin el Código de Trabajo. Y éste fue, en realidad, el que costó conquistar, pues se estaban tocando grandes intereses. Recuérdese que las garantías sociales se aprobaron dos años antes de que se pudiera conformar el movimiento capaz de hacer pasar el Código de Trabajo. Y esto fue una dura lucha, tanto que el apoyo de Figueres estuvo basado en todos aquellos que luchaban contra las conquistas sociales, aunque ellos dicen que la guerra del 48 fue por la cuestión de las elecciones. Esto fue sólo el pretexto que permitió a Figueres adornar el asunto.

Pero ya esto anda muy lejos de donde empezamos. Por ahora, dejemos nuestra charla hasta aquí.

## NOTAS

1. Entre otras cosas, el pliego pedía que se establecieran unidades sanitarias con médicos en lugares estratégicos para los trabajadores de la compañía, pues, como ya dijimos, un individuo con cualquier dolencia tenía que ir desde finca Costa Rica hasta Siquirres, que quedaba tan lejos que a veces, cuando llegaba, era tarde y estaba cerrado, debiendo sentarse a esperar hasta el día siguiente; era algo verdaderamente inhumano. Sin embargo, en el transcurso de la huelga, yo mismo pude comprobar otros atropellos a los trabajadores que expondré más adelante. Se debe agregar lo siguiente: en el pliego de peticiones hubo una cuestión que beneficiaba a los productores particulares, a quienes la compañía les pagaba en colones, y nosotros pedíamos en el pliego que les pagaran en dólares; con ello tratábamos de ganarlos a la lucha antiimperialista.
2. Recuerdo que una de las cosas en que insistimos y los hicimos jurar, era que durante toda la huelga ninguno de los trabajadores tomaría un trago; el que resultara tomado sería un traidor al movimiento. Esto por una razón; la gente era muy dada a tomar; claro, es que ahí se vivía en una situación tan infrahumana que, me imagino yo, el único placer de la gente era, cuando tenía plata, aturdirse totalmente, volverse bestia.
3. Yo estuve en un rancho donde al salirse el agua de los kriquets llegaba hasta las orillas de la cama.
4. Se debe destacar que las casas de los mandadores y los dueños de las fincas estaban en alto, y tenían cedazo tupido para protegerse de los zancudos, mientras los peones vivían en esos ranchos a ras del suelo sin ninguna protección.
5. Es una cosa muy curiosa; la compañía bananera nació a raíz del ferrocarril que hizo Mr. Keith en Costa Rica; pero al ferrocarril, dada la pequeñez del país y la falta de producción en la zona, le faltaron fletes; entonces Mr. Keith consiguió que le dieran una concesión de tierras y fue él quien fundó en los Estados Unidos la United Fruit Company para sembrar banano y con este producto darle suficiente flete al ferrocarril. Así, pues, darle vida al ferrocarril significó, a su vez, darle vida a ese monstruo que es la United Fruit Company. O sea que aquí se le permitió crecer y aquí se le metió el primer gran golpe de trascendencia, sólo que, por supuesto, los grupos sociales que posibilitaron una cosa y la otra, no fueron los mismos.
6. Nosotros hacíamos una diferencia entre lo que se llamaba campesino y lo que se llamaba jornalero; el campesino era el que trabajaba la tierra ya sea por esquilme o porque le pertenecía y no vivía entonces, a diferencia del jornalero, de un salario jornal. Había gente, en ciertas regiones agrícolas, que eran de las dos cosas, porque teniendo un pedacito de tierra trabajaban tres días para un patrono y tres días en lo de ellos.